

## I Domingo de Adviento B/2008

Imaginemos como sería la pena de una niñera cuando los padres que acaban de volver de una fiesta a una hora antes de que la esperada la encuentran dormida y los niños corriendo por todas partes de la casa. Tal situación podría llegar no solamente a una reprimenda, sino también a la pérdida del trabajo. Esto es lo que las lecturas de hoy en este primer domingo de Adviento nos hablan. Nos invitan a estar vigilantes, preparados y listos para recibir al Señor que viene para liberarnos.

En la primera lectura, Isaías describe la oración del pueblo de Israel en el tiempo de la angustia y su esperanza en el poder salvador de Dios. A fin de entender mejor este texto, tenemos que saber su contexto. De hecho, después de la vuelta del exilio en Babylon, el pueblo había esperado que ellos pudieran fácilmente reconstruir el país, renovar su vida espiritual y restaurar el templo. Pero todo esto no funcionó como fue esperado. Al contrario, ellos experimentaron la frustración y siempre un hueco entre sus hechos y el cumplimiento de la Ley.

Por Isaías, la causa principal fue el pecado del pueblo. Sin embargo, ningún ser humano tenía el poder de salvar a Israel excepto Dios, quien es un padre y un Redentor. De esta manera, ellos deberían de pedir a Dios su misericordia y reconocer sus pecados ante Dios en la oración. Esta oración fue basada no en la justicia humana, sino en los hechos fuertes que Dios había mostrado en el pasado.

Sin embargo, sabemos que la mayoría del tiempo, Israel seguía cayéndose en el pecado y repitiendo los mismos errores como sus antepasados. Es en este contexto que Dios nos envió a su único Hijo para ser nuestro Salvador. Cristo vino en este mundo; Cristo está presente ahora entre nosotros y particularmente en la Eucaristía; pero Cristo vendrá otra vez al fin de tiempo.

El tiempo de Adviento que comenzamos hoy nos recuerda que Jesús vendrá otra vez; no deberíamos de olvidar esta verdad. La historia humana nos da la impresión que las cosas siempre serán tal como fueron ayer, que como fueron para nuestros antepasados, serán también para nosotros en futuro. Todo esto crea una ilusión de pensar que el mundo siempre estará allí. El peligro de tal ilusión es la tentación de dormir y perder la vista de que, aquí en la tierra, somos forasteros caminando hacia el encuentro con Cristo que vendrá.

Por eso, el Adviento es también un tiempo de espera de la revelación definitiva de nuestro Señor Jesucristo. Pero, ¿quién puede esperar sin estar listo, perseverando y despierto? Por supuesto, la espera y la perseverancia requieren la fuerza de Dios, pero tenemos el aseguramiento que tendremos éxito porque Dios es fiel a su promesa. Como a los Corintios a quien San Pablo escribe su carta, hemos sido enriquecidos por Dios con muchos dones y bendiciones en su Hijo Jesucristo. Debemos guardar firme nuestra esperanza hasta el final. Debemos mantenernos irreprochables hasta el día de la revelación de nuestro Señor Jesucristo.

Es importante velar y estar preparados, porque no sabemos ni el tiempo, ni la fecha, ni el momento cuando Cristo volverá. No sabemos ni el lugar, ni las circunstancias en las cuales El nos encontrará. En cualquier tiempo vendrá. Si nos encuentra vigilantes y listos para darle la bienvenida, será nuestra alegría de compartir definitivamente en su vida. Si dormimos, será nuestra desgracia de

perder una oportunidad maravillosa de compartir en la alegría de Cristo. Esto es el tema de la parábola de hoy.

De hecho, el contexto histórico de esta parábola se refiere a la vida de nuestro Señor Jesús y su Iglesia. Nuestro Señor está "en el extranjero", es decir que él subió en el cielo, donde está a la derecha del Padre; pero volverá. Siendo su Iglesia y su pueblo, esperamos su vuelta. ¿Cómo esperamos, despierto o dormido? Dormir significa abandonar la lucha contra el mal y el pecado. Significa también dejar que las fuerzas y los valores negativos prevalezcan sobre nosotros. Por eso, el Adviento es un tiempo de hacer una reexaminación de nuestra vida ante Dios. Por supuesto, el sacramento de confesión es un instrumento importante que el Señor nos ha dado para que purifiquemos nuestras vidas y nuestros hechos.

Otra cosa que la parábola nos enseña es que todo tiene un fin, incluso nuestras propias vidas. El mundo tendrá un fin; no es eterno. La historia humana tiene propósito; habrá una consumación. Independientemente de lo que podría ser la longitud de la historia humana o de nuestras vidas, un día el fin vendrá. Debemos prepararnos espiritualmente para tal efecto. Debemos usar el tiempo presente de modo que nos preparemos cada día para tal efecto.

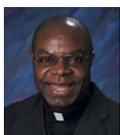
En otras palabras, tenemos que trabajar en este mundo con nuestros ojos fijados en el mundo a venir. Esto no significa que deberíamos de despreciar el mundo presente. Al contrario, debemos hacer todos nuestros deberes como es necesario. Debemos realizarlos en anticipación del mundo a venir. Nuestra recompensa final en el cielo depende de la manera que utilizamos los bienes que el Señor nos ha dado en este mundo. En este sentido, nuestro trabajo diario es la participación y la anticipación del mundo a venir.

¿Nos enseña la parábola a vivir en el miedo del futuro? No; sólo nos invita a aprovechar el tiempo presente para prepararnos para el encuentro con nuestro Señor. Seguramente sabemos que el maestro vendrá, pero no sabemos cuando. Por lo tanto, día tras día debemos cumplir con nuestro trabajo. Debemos vivir de tal manera que no importa cuando viene. En este sentido, toda nuestra vida debe ser una preparación para encontrar al Señor.

La parábola nos recuerda de nuestra responsabilidad en cuanto a la salvación eterna. Nuestra salvación depende de la manera que respondemos a la gracia de Dios y su iniciativa de salvarnos. Tenemos la libertad de cooperar con el Señor o vivir una vida desorganizada que prevendrá que nos encontremos con El.

Aprovechemos del Adviento para preparar nuestros corazones a fin de recibir el Señor que está a punto de venir. Que Dios nos de su gracia para que seamos vigilantes y conscientes de su venida. Que Dios los bendiga a todos.

**Isaías 63, 16-17. 19; 64, 2-7; 1 Corintios 1, 3-9; Marcos 13, 33-37**



Fecha de Homilía: el 30 de noviembre 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

Nombre de Documento 20081130homily.pdf